

IV

EL HOMBRE EN LA NATURALEZA

Ante los ojos del observador se ofrece hoy la Humanidad como la más eminente y la más poderosa especie de seres vivos en el planeta que ha subyugado el globo y le domina por completo, por lo menos en la parte firme terrestre. El mar se sustrae todavía á su dominio, pero ya el hombre por la pesca costera, marina y submarina impone su poder sobre una parte de la fauna marítima. La Humanidad no tolera la subsistencia al lado de ella, sobre la tierra y en los aires, más que de las especies animales y vegetales que le son útiles, aunque sólo sea porque la procuran un placer estético, ó de aquellas que cuando menos no la producen molestias. Extermina sin piedad todo aquello que la perjudica directamente ú ocupa un sitio del que quiere apoderarse en provecho propio; los grandes carnívoros que fueron en otros tiempos peligrosos para el hombre y lo son hoy todavía en algunas regiones de la India y del África Central, han tenido que ir desapareciendo; no pueden mantenerse frente al hombre y desaparecerán en un plazo que puede preverse, á pesar de las tentativas sentimentales de salvar un corto número de entre ellos poniéndolos bajo la protección del hombre y conservándolos como objetos de curiosidad preservados de la desaparición. La sentencia de muerte ha sido también pronunciada contra los ínfimos devastadores que sin atacar directamente al hombre, le molestan por su gran número, por su presencia impor-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

tuna y por los estragos que causan en su propiedad; se ha declarado la guerra á los roedores y en muchas partes á la langosta, y aunque tenga que ser probablemente larga y difícil, su resultado final no es dudoso. Cuanto más pequeños y diminutos son los enemigos y perturbadores del hombre, mayores dificultades tiene éste para acabar con ellos; puede fácilmente vencer al tigre y al león; ya es más difícil aniquilar á las serpientes venenosas, los roedores, los insectos dañinos. En el bosque y en los campos teme actualmente el hombre mucho más al escarabajo tipógrafo, al gorgojo, á la beata de los campos, la oruga procesionista, la langosta, la filoxera que á los grandes felinos, á los lobos y los plantígrados y se defiende con menos facilidad contra los ataques del anófele, de la stegomya, de la glossina que le transmiten la plaga de las fiebres intermitentes, de la fiebre amarilla y de la enfermedad del sueño, que contra animales más imponentes que le amenazan con sus dientes y sus garras. Cuando el hombre haya barrido ó sometido completamente á su voluntad todas las criaturas visibles que comparten con él la vivienda terrestre le quedará todavía que luchar en defensa de su seguridad, de su salud y de su vida contra los seres microscópicos, y esta guerra en la cual se encontrará reducido á la defensiva será más larga y más difícil que todas las otras que ha tenido que emprender en el transcurso de su existencia terrestre para conseguir el dominio del planeta; y la tuberculosis, la sífilis, el cáncer, la lepra, el cólera, las demás enfermedades ocasionadas por bacterias ó protozoarios continuarán siendo para el hombre causa de espanto, cuando ya el bosque salvaje hará tiempo que ofrecerá la misma seguridad que la calle principal de una gran capital. Pero finalmente, y en un porvenir que no está excesivamente lejano, el hombre acabará con esos vecinos como con los otros; no logrará seguramente nunca exterminarlos, los saprófitas podrán siempre sustraerse á su persecución, pero cuando menos hará retroceder á los organismos patógenos y solo con el permiso del hombre podrán continuar su existencia

animales y plantas; el hombre será el solo poseedor del globo terrestre y su único enemigo existente será el hombre mismo.

No ha ocupado siempre el hombre sobre la tierra esta posición predominante. Otros seres mucho más poderosos cuyos restos el hombre contempla con asombro y terror, han vivido antes que él en el planeta: las especies marinas y terrestres de saurios gigantescos, carnívoros y herbívoros, los antiguos mamíferos enormes, los terribles felinos primitivos que tenían caninos en forma de hoja de puñal, los antepasados de los carniceros actuales que todavía había podido conocer en vida. Después de estos organismos formidables que han podido existir con tan lujuriente esplendor porque han encontrado las condiciones más favorables á su desarrollo, hizo su aparición el hombre, ridículamente pequeño y débil comparado con el brontosario ó el dinóceras, insignificante al lado del macaerodo que tenía la forma elegante y probablemente también la rica coloración del tigre, sin mostrar una sola señal sômática que pareciera designarle para el papel de futuro vencedor de sus predecesores y de único dominador del planeta si no se tiene en cuenta las dimensiones relativamente grandes que su cerebro presentaba desde su aparición y merced á las cuales el pithecántropo se encontraba ya colocado por encima de todas las formas animales más antiguas. La situación del hombre en un principio no era diferente de la de sus otros compañeros de existencia sobre el planeta; condiciones favorables á su vida y á su desarrollo rodeaban su cuna, y no podía ser de otro modo, puesto que si estas condiciones no hubieran existido, la especie humana no hubiera nunca podido nacer. Halló la temperatura, las condiciones meteorológicas y las comodidades que necesitaba y en medio de las cuales se encontraba bien; su mesa, como la de las demás criaturas, estaba provista por la naturaleza; para tener el alimento y la bebida le bastaba con tomarse el trabajo de cogerlos y su único cuidado consistía en defenderse contra enemigos superiores para los

cuales él constituía una pieza de caza. No es aventurado suponer que si las condiciones naturales hubieran continuado sin experimentar cambio alguno, el hombre no se habría jamás elevado por encima del grado de los grandes simios actuales, y esto á pesar de la posibilidad que manifestamente residía en él, ya que era en suma el producto final de una línea de evolución caracterizada por un crecimiento lento, pero continuo del peso de la substancia nerviosa en relación con el peso de los otros tejidos del cuerpo. Nada sabemos del hombre primitivo, pero podemos afirmar sin vacilación que al aparecer sobre la tierra, la naturaleza fué su amiga y su protectora, mientras que tenía que buscar sus enemigos, lo mismo que los demás seres existentes sobre la tierra, en el agua y en el aire, entre los animales que vivían á su lado. Mas todo esto cambió progresiva ó rápidamente después de períodos cuya duración se sustrae todavía á una evaluación precisa. En una grande extensión de las regiones en que el hombre vivía diseminado, el clima experimentaba una modificación profunda; de tropical y de sub-tropical se convertía en ártico ó poco menos; las relaciones entre el hombre y el medio exterior se encontraron por este hecho completamente modificadas: la naturaleza que le había mimado y protegida hasta entonces, se trocaba en su mortal enemiga y para defenderse y protegerse contra ella tuvo que dirigirse á las otras criaturas existentes y hacer de ellas, no solo su presa, como las fieras siempre lo han hecho, sino también sus colaboradores y sus servidores.

Pero el hombre no fué el solo sér á quien afectó este cambio de clima. Los demás organismos que vivían como él en el tibio ambiente de un estío eterno que necesitaban para poder conservarse, fueron también sorprendidos por ese cambio, y al no encontrar ya lo necesario para subsistir en el medio exterior, unos perecieron pura y simplemente y otros, después de esforzarse para adaptarse anatómicamente á las nuevas condiciones, sucumbieron tras alguna resistencia cuando no pudieron lograrlo suficientemente; se desarrolló en ellos

una piel más espesa y más caliente, modificaron á fin de hacer posible un modo nuevo de nutrición, su dentición y sus órganos de digestión, adoptaron hábitos desconocidos hasta entonces tales como el sueño invernal, el celo y la cría en épocas determinadas, las emigraciones regulares y salieron de la ruda prueba como seres ampliamente transformados, encontrando de nuevo realizadas en la naturaleza las condiciones necesarias para su existencia.

El hombre, y solo él entre todo lo que vive sobre el planeta, no se sometió á la sentencia de muerte al parecer irrevocable que la naturaleza impone á todo sér al cual niega los medios que le son necesarios para la conservación de su existencia, y no dirigió siquiera sus esfuerzos á adaptar su organismo, mediante modificaciones anatómicas, á las condiciones naturales convertidas en mortíferas. Cambió acaso, aquí ó allí, su alimentación y en vez de nutrirse exclusivamente con frutas, raíces, huevos, moluscos é insectos como probablemente había hecho en un principio, se convirtió en carnívoro; pero en cuanto á sus caracteres principales, continuó siendo lo que era. No adquirió piel más caliente, sino antes bien perdió la cubierta pelosa que poseía y que servía, no para protegerle contra el frío, sino para hacer más sólida la cubierta de su cuerpo, para defenderle contra los insectos, las insolaciones y la lluvia, quizá también para adornarle. No se ha endurecido hasta el punto de poder, á ejemplo de los demás animales de los campos y los bosques, desafiar á la intemperie las vicisitudes del tiempo; no se ha dotado de la dentición ni de las garras del león, de la fuerza muscular, del estómago complicado y del largo intestino del buey; pero inventó un método de adaptación que ningún sér vivo sobre la tierra ha sabido practicar antes que él; en vez de modificarse él mismo, se esforzó por cambiar las condiciones exteriores, en lugar de adaptar su organismo al mundo ambiente que se había hecho incompatible con sus necesidades vitales, trató de adaptar el mundo ambiente á su organismo y á sus necesidades.

Este trabajo de adaptación enteramente nuevo, exclusivamente humano continúa todavía y no será probablemente nunca acabado. Se hace cada vez más sutil, más hábil y perfecto; todas las capacidades del hombre se consagran á su servicio; constituye en realidad el único sentido preciso que se puede, sin opinión preconcebida, descubrir en el curso total de la historia; determina los sucesos que se realizan en el seno de la humanidad y resultan, no de procesos naturales sino de la voluntad humana.

Con sujeción á todas las leyes de la biología, el hombre habría debido desaparecer de la superficie de la tierra al sobrevenir el primer período glacial ocurrido después de su aparición, como antes que él han desaparecido todos los demás seres vivos en cuanto ya no podían satisfacer sus necesidades orgánicas con ayuda de lo que les ofrecía espontáneamente la naturaleza. Pero el hombre sobrevivió aun contra la naturaleza; no se sometió á ella, sino que la hizo frente defendiéndose con resolución. La sobrevivencia del hombre es una rebelión contra la sentencia de muerte que la naturaleza había pronunciado contra él y que no ha dejado de tener fuerza de ley. No encuentra cuartel ni derecho de asilo contra su perseguidora sino en una zona estrecha que rodea al ecuador, la misma que sirve de último refugio á sus congéneres los grandes simios diseminados en otro tiempo sobre toda la tierra y ahora rechazados hacia los bosques tropicales, y donde también algunas tribus humanas, Australianos, Wedas, Africanos del interior, quizá también Indios de la América Central y del Brasil, podrían todavía llevar poco más ó menos la existencia primitiva de nuestros antepasados más remotos, si no se vieran amenazados y perseguidos por pueblos más desarrollados que ellos, porque no siendo instigados por las necesidades de todos los instantes á desplegar un esfuerzo continuo, se han retrasado, indolentes y subjetivamente felices, en el estado más antiguo de la especie humana y no se han incorporado en la marcha adelante de sus congéneres menos favorecidos. Fuera de esta cintura, de este

último resto de lo que fué en otros tiempos un paraíso terrenal, la naturaleza niega al hombre todo lo necesario, como hacían antaño los romanos con los proscriptos, y á fuerza de trabajos el hombre tiene que arrancar á la naturaleza, en todas partes y en todo momento, lo que necesita para conservar su vida. Desde que nace hasta que muere, el hombre se rodea de condiciones artificiales que no puede descuidar sin que su vida en el mismo instante se vea expuesta á un inminente peligro; está obligado á rodear su cuerpo con cubiertas protectoras, puesto que si en las regiones más cálidas los primeros vestidos fueron sin duda destinados á servir de adorno y de signos de distinción, como el tatuaje y las cicatrices, como los ornamentos múltiples de los cabellos, de la nariz y de los labios, como los objetos suspendidos del cuello, en el pecho y en los miembros, no es menos cierto que en las regiones más frías el revestimiento del cuerpo tenía seguramente por objeto la conservación del calor. El hombre logra su descubrimiento más grande, que ningún otro ha excedido ni igualado: enciende y conserva el fuego, consigue por este medio forzoso el grado de calor propicio y agradable que sus células no pueden producir por su propio quimismo, se facilita el trabajo de la digestión sometiendo los alimentos á la acción del fuego, lo cual le permite utilizar para su nutrición muchos productos naturales que no serían comestibles sin esta preparación, y se procura de este modo un útil que le dispensa de muchos esfuerzos musculares y le hace capaz de realizar trabajos que jamás hubiera podido pedir á sus solos músculos. Muchos animales que para todo lo demás encuentran sus necesidades satisfechas por la naturaleza, tienen por fuerza que poseer un nido y un abrigo; pero el hombre lo necesita más que todos ellos; pronto se hizo independiente de las cavernas que encontró ya formadas y pudo enterrarse bajo tierra ó levantar un recinto de paredes y una techumbre allí donde ha querido. Se ha procurado de esta manera dentro de un pequeño espacio un sucedáneo aproximado de lo que no encontraba al aire libre: la temperatura

apacible, la sequedad, el calor; en una palabra, se ha rodeado de un clima artificial que le era necesario para su bienestar. Así es como, por un esfuerzo de invención y una actividad incansable, el hombre arrancó al mundo ambiente todos los dones que le negaba y que le eran de todo punto necesarios; pero su existencia se ha convertido al propio tiempo en una verdadera paradoja parecida á la del buzo en el fondo del mar, y está constantemente amenazada ó es aniquilada en cuanto una perturbación cualquiera sobreviene en una de las numerosas disposiciones creadas por la mano del hombre y de las cuales depende la conservación de su sér. El homúnculo de Goethe que sólo puede vivir en la retorta en que ha tenido su origen y perece en cuanto el vaso de cristal se rompe, nos parece ser una de las creaciones más singulares de la imaginación poética, una de las más alejadas de la realidad; es sin embargo, la realidad misma, un símbolo de vigoroso relieve del hombre en sus relaciones actuales con la naturaleza. Se ha encerrado el hombre en aparatos de defensa artificiales como en una retorta de vidrio y si se le despojase de ellos para volverle á colocar tan desnudo como estaba al nacer en medio de la naturaleza libre, perecería sin esperanza de salvación y se hundiría en la nada, yendo á juntarse con aquellos fósiles que vivieron y prosperaron en otros tiempos mientras la naturaleza no se oponía á su existencia, pero que han desaparecido sin resistencia del haz de la tierra en cuanto se encontraron privados de calor y de alimento.

En las últimas profundidades de su subconciencia, el hombre ha conservado una vaga representación del carácter no natural de su posición con respecto al mundo ambiente, y la expresa como en sueños, en leyendas ó invenciones poéticas; ¿qué es el país de Jauja sino la imagen de la existencia que debería ser naturalmente la del hombre y de la cual disfrutaban todos los demás seres vivos, excepto él? ¿No encuentra el gusanillo abundantísimo alimento en esa montaña que es para él la avellana ó el fruto que halla quizá más sabroso que el hombre la pasta cocida del trigo? ¿Y no caen por

sí solos en la tela de la araña los insectos que reemplazan para ella á los pichones y perdices? Bien es verdad que el hombre se representa al pichón asado y en este estado nunca se lo ha ofrecido la Naturaleza, pero al amplificar su idea fundamental de formas que toma de la experiencia de su existencia artificial, no se da cuenta que el verdadero país de Jauja sería aquél en que los pichones no tuvieran necesidad de ser asados, ni el trigo cocido, el cerdo transformado en embutido y trinchado y cortado con el tenedor y el cuchillo, sino aquél en que el hombre podría absorber todo y disfrutar de todo en el mismo estado en que la Naturaleza lo crea, sin modificación ni preparación. Cuando quiere merecerse voluptuosamente con ideas de felicidad, se figura el hombre un país en que los ríos son de leche y de miel; su ensueño es una existencia sin trabajo, por ende lo contrario de la realidad que conoce y fuera de la cual jamás ha observado vida humana. El trabajo, su costumbre, su experiencia constante, la ley que le domina desde la cuna al sepulcro, no es su aspiración; todo eso lo destierra del ensueño que forja su sed de goce; bien es cierto que en su felicidad imaginada se ve rodeado no sólo de los dones exquisitos de la Naturaleza, sino también de productos del trabajo, como palacios, telas lujosas, bebidas exquisitas, manjares apetitosos, mujeres elegantes, y no se para á considerar que estos productos del arte no hay más remedio que alguien los fabrique, que por consiguiendo su país de éxtasis no sería accesible para todos, que su felicidad tendría como condición el esfuerzo y el trabajo de otros, que implicaría por ende una parte de explotación y de crueldad; pero esto se explica fácilmente por el hecho que la imaginación trabaja por una parte con los elementos de la experiencia, y no tiene en cuenta, por otra parte, las relaciones causales de la realidad. Con frecuencia no se hace uno cargo de que esta antinomia entre la vida y los sueños, entre el estado real y el deseo, antinomia que se puede seguir á través de todo el sentimiento y el pensar del hombre, es un esfuerzo hacia el estado consciente de un obscuro sentimien-

to de su existencia contra naturaleza. Si el hombre viviera en las mismas condiciones que todos los demás organismos sobre la tierra, sus aspiraciones deberían ser una prolongación de sus costumbres y experiencias, no su reprobación, no una rebelión contra ellas. Difícilmente se concibe que al representarse un paraíso el león no se contemple entregado á una caza fructífera, el topo ahondando galerías en un subsuelo de pradera blando y poco resistente, la cigüeña sosteniéndose sobre sus patas zancudas en medio de una charca llena de ranas, en una palabra, que cada animal no se mueva á lo largo de la línea de sus actividades habituales. Sólo el hombre se figura su paraíso como un sitio en el cual estaría emancipado de todas las ocupaciones que le son familiares; para él, la sola, la verdadera edad de oro es aquélla en la cual la teoría de Adam Smith, según la cual el trabajo es la fuente de la riqueza, sería falsa. Una de las producciones más antiguas de la imaginación poética humana, la Biblia hebrea representa positivamente el trabajo como algo extraño á la naturaleza humana primitiva, como una atribulación y un castigo impuesto al pecado; la observación ésta es singularmente profunda, pero la relación entre las faltas y el trabajo está invertida. No es que el trabajo resulte del pecado, sino el pecado lo que es una consecuencia del trabajo; en el estado natural, el hombre no podría pecar aunque lo quisiera; hallaría su mesa puesta y no tendría necesidad de envidiar á nadie absolutamente su parte de bienes ni de pretender despojarle de ellos; sólo la ineludible exigencia de satisfacer las necesidades mediante la creación de condiciones artificiales, y por ende de realizar esfuerzos, de trabajar, hace á los hombres implacables con sus semejantes, lo cual constituye el punto de partida de todas sus inclinaciones y actos que llamamos inmoralidad, pecado, falta, crimen. El día en que la Naturaleza cesó de nutrir al hombre, de prestarle calor, de dárselo todo hecho, obligándole á escoger entre la muerte y la fatiga del trabajo, el pecado hizo su aparición en el mundo.

Esta obligación, he dicho antes, se ha convertido en el

impulso al desarrollo intelectual de la humanidad y explica la marcha de su historia. No se me oculta que esta fórmula no abarca todos los fenómenos; explica suficientemente por qué los pueblos ecuatoriales han permanecido en el grado más bajo de la civilización y se presentan en nuestro tiempo como una sobrevivencia probable de los principios de la especie. Es que no han sentido el aguijón de la necesidad y no tienen que luchar por su existencia; pero, ¿ocurre lo mismo tratándose de tribus como las de la Tierra de Fuego? La naturaleza es para ellas tan hostil como ha podido serlo con los hombres al llegar la aparición del período glacial; les inflige los sufrimientos del frío, del hambre, de la obscuridad, de las tempestades y de las lluvias insoportables; no conocen ninguna comodidad ni alegría; llevan una existencia miserable en la cual no hay sin duda sino muy corto espacio para los sentimientos de placer y, no obstante, nada han hecho para sobreponerse á su lastimosa situación. La hostilidad de la naturaleza no les ha inspirado ninguna idea de defensa; al contrario de los otros pueblos que han creado la civilización, nada han inventado en vista de servirles de protección. No es pues, sólo la necesidad lo que impulsa al hombre á afirmarse él mismo victoriosamente; necesita también estar dotado de facultades preformadas que le hagan capaz de responder con un movimiento de defensa eficaz á la hostilidad de la naturaleza y estas facultades no les han correspondido evidentemente en suerte de una manera uniforme á todos los grupos humanos. Algunos de entre ellos se han mostrado inaptos para aprovecharse de las lecciones de la necesidad, lo cual no prueba sin embargo la inexactitud de la suposición que ve la impulsión de todos los desarrollos humanos en el hecho que el hombre ha sido condenado á asegurar su conservación en condiciones desfavorables; únicamente puede deducirse la conclusión que no ha debido tardar mucho en existir en la especie desigualdades de disposición cuya transmisión hereditaria explica la formación de diferentes razas.

Al llegar aquí se impone un problema importante al cual es imposible responder: ¿qué habría sido del hombre si no hubiera sobrevenido ningún período glacial, si las condiciones que han presidido al nacimiento de la especie se hubieran mantenido ó no hubieran cambiado sino tan lentamente que el hombre hubiera tenido tiempo de acondicionarse á las modificaciones del medio ambiente con ayuda de adaptaciones puramente anatómicas, de manera á no tener jamás necesidad de inventar recursos artificiales para conservar su existencia? ¿Se habría quedado en el escalón animal, ó bien, á falta de una imposición exterior, se habría elevado en virtud de un empuje interior, por encima de una condición correspondiente quizá á la de los monos antropoides actuales? El alcance de esta pregunta excede de los límites de los destinos humanos; penetra hasta en la naturaleza esencial y en el sentido íntimo del Cosmos. La cuestión relativa á las leyes de evolución de la humanidad se enlaza con la relativa á la evolución del mundo, á sus causas, á su dirección, á su finalidad, á su ritmo; nos encontramos aquí ante el más formidable de los enigmas, podemos entretenernos en dar vueltas y más vueltas al misterio y aplicarnos á adivinarlo cuanto nos plazca, pero somos incapaces de resolverlo. El concepto indispensable de la eternidad del Cosmos es incompatible con el de la evolución, y esto no necesita prueba alguna puesto que es evidente que la evolución es una sucesión de estados en el tiempo y tiene que tener un punto de partida, un comienzo, una continuación, un punto culminante; ahora bien, en la eternidad no puede situarse en ningún sitio un comienzo cualquiera, ya que no hay razón para no hacerle siempre retroceder en una nueva eternidad, así como una sucesión de estados en la eternidad, de cualquiera duración que se la suponga, ha de haber alcanzado ya desde una eternidad su extrema finalidad posible, es decir haber sido acabada. La eternidad no permite otro concepto al pensar humano que el de una inmovilidad eterna ó el de un movimiento eterno por su naturaleza, es decir un movimiento circu-

lar. El concepto de evolución en el Universo no podría pues, significar más que un proceso de diferenciación de condiciones simples en complicaciones y diversificaciones crecientes y de retornos de esas diversificaciones y complicaciones á lo simple, proceso que se repetiría eternamente; la evolución sería de este modo un ciclo infinito y monótono de procesos de integración y de disociación, como la denomina Heriberto Spencer. Puede haber evolución para el mortal que encontrándose encerrado en uno de estos ciclos de repeticiones infinitas y asistiendo como testigo á fases determinadas de la integración y de la disociación, observa modificaciones que le es lícito interpretar como un progreso ó una regresión; no abarca jamás con la mirada un ciclo entero, mucho menos una serie de ciclos parecidos, y está por ende autorizado para rechazar el concepto abrumador de una monotonía inmutable y eterna del Cosmos y para adoptar la idea de la evolución, más alentadora, más ventajosa para su debilidad; no es pues irracional admitir que la marcha de la evolución que ha seguido nuestro sistema solar y que le ha llevado desde la nebulosa primitiva á la formación de los planetas y de sus satélites, desde la gota cósmica líquida é incandescente al globo terráqueo rígido, enfriado, susceptible de abrigar la vida, desde los seres vivos monocelulares á los mamíferos y á las plantas altamente diferenciadas, no se habría parado en el pithecántropo, en el pigmeo del Nyanza y en el Wedda; que las mismas fuerzas que han transformado progresivamente á los gusanos en vertebrados y en seres antropoides, hubieran acabado, aun en las condiciones de existencia más naturales y más favorables, por hacer progresar á los hombres primitivos hasta el rango de pensadores dotados de un cerebro de peso de 1.800 á 2.000 gramos, capaces de elevarse hasta todos nuestros actuales conocimientos, aun en el caso mismo que hubieran ignorado nuestras conquistas técnicas puesto que no hubieran tenido necesidad de ellas. Pero esta ascensión se habría según todas las probabilidades, efectuado con una lentitud incomparablemente más grande que bajo

la forzosa coacción de una adaptación á condiciones naturales convertidas en hostiles y de la cual dependía la existencia de la humanidad. Esto es, al menos, lo que puede sacarse en conclusión de la duración de las fases de la evolución. Los mamíferos más antiguos, monótrems y marsupiales aparecen en el keuperión del terreno triásico; el hecho de la existencia del hombre terciario es todavía dudoso, pero la aparición del hombre en el curso de la época más antigua del período cuaternario está establecida con certeza. El intervalo comprendido entre el triásico y las formaciones diluviales comprende seguramente docenas de millones, según determinados geólogos hasta cientos de millones de años, y al cabo de este intervalo es sólo cuando la vida terrestre ha llegado hasta el hombre primitivo en su estado de naturaleza.

El hombre ha permanecido en esta primera condición, sino todavía durante millones, cuando menos durante cientos de miles de años, sin realizar progresos notables; no sale de los lindes de la animalidad sino en el transcurso de la edad de piedra más antigua. El primer asomo de aurora de la civilización comienza á despuntar; ligeras capas de carbón y de cenizas, rastros de fuego sobre huesos atestiguan que el hombre comenzaba á conocer el uso del fuego, ensayos torpes de talla en la piedra descubren el despertar de facultades creadoras en su espíritu. Nos separa del hombre de Neanderthal un intervalo de cien mil años quizá, según el Dr. Mortillet de doscientos treinta y ocho mil años; del hombre de Solutré, del Moustier, de Chelles, de Acheul, un intervalo que probablemente no excede en mucho de veinte mil años. El hombre de Neanderthal no tenía probablemente aun necesidad de hacer ningún esfuerzo para asegurar su existencia; para el hombre de la más antigua edad de piedra la vida era ya una lucha dura. Echemos ahora una mirada sobre la marcha de la evolución y observemos su ritmo: desde la aparición de los primeros mamíferos á la del hombre hay un número de siglos imposible de evaluar, quizá cien-

tos de millones de años; desde la aparición del hombre hasta el primer período glacial con el cual coincide el principio de los esfuerzos intelectuales y de su producto, la civilización, varios cientos de miles de años; desde el primer período glacial experimentado por el hombre y desde la más remota edad de piedra hasta el nacimiento de los primeros Estados organizados del Asia anterior y alrededor de la región oriental del Mediterráneo, próximamente quince mil años; desde los monumentos é inscripciones más remotas de la Asiria y de Egipto hasta los principios de un conocimiento realmente científico, poco más ó menos siete mil años; desde los principios de las ciencias modernas y de la explotación en grande escala de las fuerzas naturales que han hecho posible, hasta la mecánica de precisión, la microscopía, la radiografía, la utilización de la electricidad, la astrofísica y la astroquímica de nuestros días, unos cuantos centenares de años. Así pues, toda la evolución desde la animalidad hasta Lavoisier ha exigido próximamente veinte mil años, la desde Lavoisier hasta nuestros días un poco más de cien años, mientras que la especie ha vivido sumida probablemente durante cientos de miles de años en el estado del hombre de Neanderthal. ¿Sería pues, demasiado osado y arbitrario admitir que la inmensa aceleración súbita del ritmo de evolución no sólo coincide con la aparición del primer período glacial, sino que ha sido determinada por él y que sin este cambio en el medio ambiente el hombre no se hubiera todavía elevado sensiblemente sobre el nivel del hombre de Neanderthal y vería en el salvaje de los países ecuatoriales su tipo más adelantado? En todo caso, esta suposición puede invocar el hecho que en todas partes en que la naturaleza le ha brindado una mesa completamente servida y le ha eximido de la necesidad de un abrigo y de un vestido, el hombre ha permanecido en el grado más inferior de desarrollo intelectual y de civilización. Pero quizá podemos permitirnos llevar más lejos todavía nuestras conclusiones: admitamos que el hombre se halle dotado, así como todas las formas de la vida planetaria, y aun

en los límites del marco de las repeticiones cíclicas, el universo entero también, de una tendencia evolutiva que le haya llevado, aun fuera de toda coacción de adaptación rápida, hasta la altura del conocimiento más elevado; es, en este caso, incontestable que esta evolución se habría realizado con una lentitud incomparablemente mayor; tan lentamente que estamos autorizados para preguntarnos si en estas condiciones la especie hubiera vivido bastante tiempo para realizar todo su desarrollo posible. Es, en efecto, muy verosímil que la existencia de la tierra ó por lo menos, su capacidad para mantener la vida está por su parte también limitada en el tiempo, y podría suceder que llegase al término de su carrera antes que la humanidad hubiera alcanzado el objetivo de su evolución y que la desaparición del agua y del aire (el enfriamiento progresivo habría obrado por lo contrario, acelerando el devenir intelectual del hombre) hubiera aniquilado una humanidad que, en virtud de su tendencia evolutiva espontánea, habría quizá llegado cuando más á poseer una imaginación capaz de creación artística, pero no todavía una razón apta para formar conocimiento. La vida sobre la tierra se hubiera acabado en este caso antes que la humanidad hubiese tenido tiempo para elevarse á una concepción científica del mundo.

No insistamos sobre estas posibilidades. Pero es un hecho de experiencia que, con excepción de la especie humana, todas las modalidades de la vida no pueden mantenerse sino en condiciones de existencia natural favorables; que cuando estas condiciones cambian en perjuicio suyo, se adaptan anatómicamente á los cambios sobrevenidos, ó bien sucumben sin esperanza de salvación cuando no son capaces de esta adaptación; que el hombre es el único sér vivo sobre la tierra que en vez de dejarse exterminar por las condiciones del ambiente trocadas en desfavorables, haya sabido defenderse eficazmente contra la naturaleza imaginando condiciones artificiales, es decir adaptándose, no por medio de su revestimiento cutáneo, sus órganos digestivos y sus aparatos de

locomoción, sino únicamente por medio de su tejido más altamente diferenciado, de su cerebro. ¿Por qué ha sido así? Eso es lo que no sabemos y lo que para nada serviría tratar de saber en el estado actual de nuestros conocimientos. Hay un hecho: poseemos un cerebro que es proporcionalmente al peso del cuerpo más pesado y de un funcionamiento más perfecto que el de todas las demás criaturas; nos hemos colocado en el término de una serie de desarrollo que ha comenzado por seres vivos unicelulares y había llegado, al iniciarse el primer período glacial del cuaternario, á una criatura que se ha mostrado capaz de concentrar y de prolongar artificialmente su atención. De esta sola facultad de poder desarrollar atención derivaba todo lo que hacía al hombre capaz de entablar con probabilidades de triunfo la lucha por la existencia. Gracias á esta facultad de poseer atención, el hombre llegó á ser un observador inteligente de los fenómenos; aprendió poco á poco á distinguir sus rasgos permanentes y por consiguiente esenciales, de los rasgos variables y por ende no esenciales; adquirió pronto el don del pensamiento abstracto, de la generalización, de las conclusiones lógicas; concibió las relaciones causales de los sucesos, y pudo finalmente, crear por sí mismo las condiciones productoras de los fenómenos deseados por él porque le eran ventajosos. Esa fué precisamente la prueba de la exactitud de sus observaciones y de la precisión de sus conclusiones; á partir de este momento, el hombre llegó á ser poderoso y pudo utilizar para la conservación, la protección y el enriquecimiento de su existencia, una parte por lo menos, de las fuerzas naturales que debían ser para él deletéreas si las hubiese dejado obrar sobre él sin oponerlas resistencia.

Por la primera vez desde la formación del globo terrestre, la humanidad ofreció el espectáculo de una especie de seres vivos que no encontrando ya posibilidades de existencia en la naturaleza, se las creó artificialmente inventando con su cerebro medios adecuados para apartar los peligros, para facilitar ó tan sólo hacer posible la satisfacción de sus necesidades.

Otro fenómeno, no menos nuevo que el primero, se derivaba y se enlazaba con éste: el parasitismo sobre la propia especie. El parasitismo es frecuente en la naturaleza, lo mismo entre las plantas que entre los animales. Sucede también que una especie somete á su yugo á otra, no sólo para hacer de ella su alimento como presa de caza ó para utilizarla á la manera de animales domésticos, como las hormigas utilizan á los pulgones, sino también para hacerla trabajar regularmente en su provecho como se observa igualmente en ciertas variedades de hormigas. Se ha comprobado también, aunque de una manera rara y excepcional, la existencia del canibalismo: determinados insectos, quizá también determinados peces carnívoros, en todo caso los roedores y los lobos, devoran cuando no tienen otro alimento, á sus congéneres más débiles ó enfermizos. El hombre, por lo contrario, es el único sér que posee una tendencia á vivir en parásito á expensas de sus congéneres, á exigir la satisfacción de sus necesidades, no ya de la naturaleza, sino de otros hombres, á dirigir sus esfuerzos más bien hacia la subyugación y la explotación metódica de sus semejantes que hacia el descubrimiento de recursos naturales.

Esta tendencia al parasitismo no constituye seguramente un instinto primitivo del hombre; no se manifiesta en las contadas tribus que pueden realmente vivir todavía en pleno estado natural y que, según el testimonio de viajeros, no conocen ni la esclavitud, ni ninguna otra de las formas de la servidumbre personal, ni la dominación, ni el robo, ni el saqueo ó el asesinato seguido de robo; no existe tampoco entre los simios antropoides. No es desde luego fácilmente comprensible mientras la especie encuentra en la naturaleza sus condiciones de existencia. Si la naturaleza hace las veces de cocinero y de escanciador, abastece la mesa de todos al abastecer la de uno cualquiera, y no puede surgir el deseo de apoderarse de lo del vecino por engaño ó violentamente y arrebatarse lo que se puede coger sin lucha y sin resistencia de entre las provisiones igualmente accesibles á todos. Los her-

bívoros pastan apaciblemente al lado unos de otros sin tratar de expulsarse mutuamente de la pradera; los carniceros siguen las pistas y cazan aisladamente ó en manada, pero no esperan ni desean que otros cazen para ellos. Podemos suponer que las actividades necesarias á la satisfacción de las necesidades van acompañadas en todos los seres que viven en condiciones naturales de sentimientos de placer de los cuales estos seres no quisieran prescindir. El hombre primitivo habría sin duda preferido también por su parte, tejerse una techumbre de follaje, reunir hojas y césped para hacerse un lecho blando, coger frutas, saquear nidos, arrancar raíces de la tierra, ejecutando todos estos trabajos con sus propias manos antes que encargar á otros de todos estos menesteres; pero cuando las condiciones exteriores se hicieron desfavorables para él, no tardó en descubrir que le sería más cómodo vivir á expensas de sus congéneres, puesto que la naturaleza no le mantenía ya de una manera suficiente. Así es como en virtud de la ley del menor esfuerzo el parasitismo ha surgido en la humanidad. Es más fácil y más agradable consumir los productos ya dispuestos por otros que utilizar la materia bruta que el hombre podría obtener de la naturaleza y es evidentemente preciso un gasto menor de trabajo, de atención, de perseverancia, de ingeniosidad y de habilidad para coger los objetos de necesidad humana á su semejante que para confeccionarlos por sí mismo, á condición que el semejante sea más débil, más cobarde ó más tonto.

El parasitismo supone una desigualdad originaria entre los hombres; Platón ha echado en olvido todas las experiencias al expresar en su *República* la creencia en una igualdad originaria entre los hombres; ni entre los cuerpos celestes ni entre las materias que componen nuestro globo, ni entre los cristales ni entre los seres vivos de una especie cualquiera, ha podido observar un ejemplo de igualdad entre individuos de una misma serie ó de una misma especie. Aristóteles se aparta con acierto de la opinión de su maestro; enseña que entre los hombres, los unos han nacido para mandar, los

otros para obedecer, solo que en esta proposición pone el efecto en el sitio de la causa. El mando y la obediencia son consecuencias que derivan de la desigualdad originaria; ésta es el hecho fundamental, de ella derivan todas las relaciones de los hombres entre sí, ella es la que ha dado el impulso á casi todas las instituciones sociales entre las cuales las que facilitan al hombre la explotación de los recursos naturales son raras, mientras que la mayor parte están destinadas á favorecer la explotación del mayor número por unos cuantos. Esta desigualdad es la que ha determinado las formas del Estado, del derecho, hasta de la moral, y la marcha de la historia humana; una investigación que penetre por poco que sea más adentro de las apariencias superficiales y engañosas, distingue en el punto de partida de casi todos los sucesos históricos la desigualdad entre los hombres, de la cual una personalidad ó una colectividad llega á hacerse consciente y trata de utilizar con un objetivo egoísta.

El instinto de conservación es inherente al hombre como á todo sér vivo; parece más fuerte en el hombre que en los demás seres como podría demostrarlo el hecho que el hombre se ha conservado á pesar de las condiciones naturales hostiles, mientras que todas las demás especies sucumbían sin siquiera haber intentado oponerles resistencia de otro modo que mediante adaptaciones anatómicas en suma insignificantes. Pero bajo la influencia de su género de vida no natural, este instinto fundamental ha experimentado en el hombre transformaciones profundas; reviste en él formas que disfrazan su carácter y á veces hacen difícil su identificación. Las dificultades de la lucha por la existencia han despertado en el hombre la propensión al parasitismo que ha sido más cómodo que la lucha directa cuerpo á cuerpo con una naturaleza mortífera. El parasitismo que no es otra cosa que un desarrollo particular del instinto de conservación, su adaptación á la situación del hombre en medio de una naturaleza hostil, dió origen á su vez en el hombre á algunos instintos secundarios que no tendrían valor ninguno para él si pudiera,

al igual de los seres vivos que tienen una existencia próspera en condiciones favorables, satisfacer sus necesidades sin cavilaciones y sin esfuerzo, pero que le son útiles y necesarios desde el punto y hora en que quiere hacer de sus congéneres los servidores de sus apetitos y llevar una vida de explotación y de parasitismo.

La forma más primitiva, más brutal del parasitismo es la violencia sin rebozo: asesinato y despojo del individuo, guerra contra una tribu ó un pueblo. Cuando las formas de la vida colectiva de los hombres adquieren un desarrollo más rico y devienen más complicadas, en las sociedades que tienen una estructura sólida, reglas fijas y leyes imperiosas, no es ya admisible que un individuo fuerte y audaz considere á su semejante como una simple pieza de caza y satisfaga sus necesidades á expensas de su persona y de su hacienda. Surge entonces esa «voluntad de poder» que se ha hecho tan famosa en estos últimos tiempos y se ha proclamado tan ruidosamente como un nuevo descubrimiento filosófico, pero no es otra cosa que el instinto de conservación desviado hacia el parasitismo, adaptado á las condiciones de una colectividad civilizada y á su orden legal.

La voluntad de poder es un instinto, no primitivo, sino secundario. No se le observa en la naturaleza, jamás un individuo trata de elevarse por encima de sus congéneres ni de medirse con ellos por ambición, por vanidad ó por amor de la dominación. Luchas entre individuos de la misma especie se entablan únicamente por la posesión de las hembras, ya que éstas no sean bastante numerosas ó que condiciones locales junten en torno de la misma hembra á varios pretendientes; el macho más robusto y más intrépido vence entonces á sus rivales y guarda para él á la hembra que por regla general no parece mostrar preferencia por ninguno de los pretendientes y se abandona sin resistencia al vencedor. Pero fuera del período del celo ningún animal aspira al mando, sólo el hombre manifiesta esta aspiración cuyo objeto es el parasitismo. Y si el hombre trata de conquistar el mando, es

para poder explotar en provecho propio las fuerzas y las aptitudes de otros hombres; no es necesario que tenga de ello conciencia, puede muy bien creer que al luchar por el poder, desea conquistarlo no más que por él mismo. La embriaguez del mando, los sentimientos de placer que engendra su posesión no implican necesariamente la comprensión de que no sirve en último término sino para ahorrar al hombre la lucha contra la naturaleza inhospitalaria y para imponer á otros el esfuerzo de mantener su propia existencia. Es una observación psicológica frecuente que el objeto real de un instinto permanece obscuro para la conciencia; la vanidad que se esfuerza por agradar, por ser notada, por causar impresión, por excitar la envidia, la ambición que persigue el objeto más elevado de sobresalir sobre los demás, de obligar al reconocimiento de una superioridad, de imponer una voluntad particular al pensamiento, á la conducta y á los ánimos de millares y de millones de hombres, contentándose las más de las veces con la gloria que no es más que el espejismo, el fantasma del poder real sobre los hombres, no son sino formas abortadas de la voluntad de potencia que no es á su vez, como ya lo he mostrado, sino la voluntad de vivir en el parasitismo.

Las condiciones desfavorables en las cuales el hombre está condenado á defender su existencia sobre la tierra, han operado pues, la transformación del instinto de conservación propio á todos los seres vivos en una tendencia al parasitismo que sólo se observa en el hombre. Mientras el hombre ha permanecido siendo el pensionista gratuito de la naturaleza, no ha tratado seguramente de agradar, si ya no es á su Eva, no tenía ninguna ambición y no aspiraba al mando. Pero en cuanto se vió privado del cubierto gratuito, advirtió gracias á su don de observación, que el procedimiento más inteligente y más cómodo sería apoderarse de los utensilios de piedra, de los cepos, de las piezas de caza y de la cabaña de otro más débil, y adquirir de este modo merced á un sólo esfuerzo de corta duración, todo lo que el otro había adquirido con gran fatiga y una larga aplicación. El ardor

combatiente originario del macho que excitaba naturalmente el deseo único de apoderarse de una hembra codiciada también por otros rivales, se desvió de su objetivo inicial y se desarrolló en otra dirección. Toda concupiscencia, aún la que tiene por objeto los bienes utilizables de cualquier género, le excitó desde entonces, y las luchas entre los hombres de las que únicamente la mujer era al principio el objeto y el premio, se entablaron á propósito de todo lo que era de naturaleza á satisfacer una necesidad humana. Aunque la combatividad dejase de presentar una relación inmediata con el instinto sexual y de derivarse de él, no cesó de conservar en todo momento y hasta nuestros días un colorido acentuadamente sexual; un análisis psicológico profundo descubre en la combatividad raíces que van á hundirse hasta el nivel de la sexualidad; es difícil desconocer que las notas armónicas singulares que acompañan á la ardiente pasión de la lucha y la alegría de la victoria tienen un carácter erótico. La ambición, la vanidad, la voluntad de poder, esas apetencias y aspiraciones de las cuales el parasitismo constituye el objetivo claramente consciente ú obscuramente sospechado y sentido, no son pues en realidad instintos nuevos: sino desviaciones hacia un objeto nuevo de un instinto primitivo, el deseo de la mujer. Este instinto era en su origen el excitante de la combatividad del hombre; la combatividad no tiene ya por objeto inmediato la conquista de la mujer, no trata ya más que de someter á los demás, dominarlos, despojarlos de los frutos de su trabajo. Pero el lazo profundo que le une al instinto sexual no se ha destruído por eso; persiste siempre, por lo menos en lo inconsciente, y toda embriaguez de victoria hace vibrar al mismo tiempo, aunque solo sea vagamente, la esfera de la voluptuosidad. Además, la imaginación del ambicioso y del hombre ávido de mando no se representa en ninguna ocasión el triunfo sino acompañado de una perspectiva de vagas siluetas femeninas.

Los antiguos poetas como Ovidio y los sociólogos subjetivamente dogmáticos como J. J. Rousseau que colocan en

lo pasado una edad de oro, atribuyen al hombre primitivo todas las virtudes. Sus descripciones superlativas responden difícilmente á la realidad; es más racional suponer que el hombre primitivo no era ni bueno ni malo. Mientras la naturaleza satisfacía todas sus necesidades, no había sitio en las condiciones humanas para nociones morales, tales como virtud y vicio, ni para una evaluación de los actos humanos desde el punto de vista de la moralidad. El hombre tenía entonces el egoísmo ingenuo del animal, no conocía otro cuidado que el de precaverse contra las grandes fieras, y el solo lazo que le unía con sus semejantes consistía en la costumbre de los juegos y probablemente de las cazas en común. Las relaciones del hombre con sus semejantes no cambiaron hasta después que la naturaleza le hubo declarado la guerra; se vió entonces obligado á someterse á un género de vida nuevo cuyo carácter penoso le impulsó al parasitismo. «El hombre» se convirtió entonces en «un lobo para el hombre»; el débil aprendió á temer á su congénere, el fuerte á perseguirle con ardor; odiaba y huía del que le violentaba y se sentía atraído hacia el que le dejaba en paz; llamaba bueno al que no emprendía nada contra él y malo al que fraguaba designios perjudiciales contra su vida, sus bienes, su fuerza.

Las nociones de bueno y malo eran al principio sinónimos de no parásito y de parásito. La moral ha surgido del carácter no natural de la existencia humana; es una consecuencia inevitable del encarcelamiento de la humanidad en su forzosa prisión de homúnculo. Si poseyera la libertad y la alegría de vivir de los huéspedes del paraíso mítico, no tendría necesidad de una moral y no poseería ninguna. Para llegar á la noción de acciones buenas y malas, los hombres tenían que haber sufrido por el egoísmo de sus semejantes y haberse encontrado en el caso de tener necesidad de una ayuda amistosa. Pero solo los débiles han sufrido y pedido socorro, y así es natural que á ellos deba su origen la moral. El parásito no podía estimar censurable su explotación violenta

del semejante; solo el explotado la consideraba inmoral. El juicio de valor moral «bien» y «mal» no era pues al principio, sino una confesión de debilidad y un movimiento de defensa simbólico del espíritu contra la violencia que el cuerpo no era bastante fuerte para rechazar.

La noción de moral se ha desarrollado; se ha ensanchado y profundizado, ha alcanzado un grado de refinamiento y de ennoblecimiento que el hombre primitivo no habría podido comprender. Pero al mismo tiempo ha olvidado su punto de partida y ya no se acuerda que era al principio la angustia del perseguido frente al cazador, la rabia impotente del vencido contra el vencedor. En su propio sufrimiento ha tomado el hombre la noción del sufrimiento en general, de su propia experiencia ha sacado la conclusión que es odioso y condenable infligir á otro un dolor. Poco á poco, esta generalización tomó posesión también del pensamiento del fuerte al cual no estaba destinada, y de este modo fué creado el marco en el cual podían florecer todas las ramificaciones de la idea de la moralidad, del amor al prójimo, del dominio de sí mismo, del respeto de la personalidad humana.

Bajo este aspecto es como aparece el devenir de la humanidad á los ojos no perturbados por un dogma arbitrario. Al fin del período terciario ó al principio del cuaternario vivía sobre la tierra una especie animal que se distinguía de todos los demás seres vivos que habían hecho su aparición antes que ella por el peso relativamente considerable de su cerebro. En un momento dado surgió un cambio en el clima terrestre y la naturaleza retiró á esta especie animal favorecida las condiciones de su existencia. Esta especie que al desarrollarse debía devenir la humanidad actual, entró en lucha con el medio hostil y merced á su capacidad de atención artificial, de observación, de conclusiones exactas, salió victoriosa de la prueba. Pero los individuos que la formaban no eran iguales, había unos más fuertes y otros más débiles, unos más inteligentes y otros más estúpidos. Los que se encontraban mejor acondicionados no tardaron en darse cuenta que es

más cómodo explotar á los menos favorecidos que entablar directamente la lucha contra la naturaleza; surgió el parasitismo y llegó á ser la ley de las relaciones entre los individuos de la misma especie. Pero los explotados formaron la noción de la moral que opusieron, las más de las veces con eficacia, como una defensa común contra el parasitismo que les amenazaba. El parasitismo y la moral luchan en combate eterno en el cual la victoria tan pronto se inclina á un lado como á otro, tiene por resultado derrotas parciales ya del uno ya del otro de los adversarios, pero permanece indecisa en su conjunto. Y así es como bajo la acción poderosa de estas dos fuerzas, de la tendencia á la explotación y de la intimidación del violento por la espada fulgurante del ángel luminoso de la moralidad, se modelan los destinos exteriores de la humanidad.

V

INDIVIDUO Y SOCIEDAD

Sería interesante en el más alto grado saber cómo los individuos de la especie humana, al principio seguramente libres é independientes en todos respectos, se han agrupado en tribus, en pueblos, en Estados, sacrificando su libertad y colocándose en mutua y recíproca dependencia los unos de los otros. La historiografía no nos suministra en este punto ningún dato; cuando ésta hizo su aparición, la condensación de la humanidad en cuerpos políticos sólidos se había ya realizado tiempo hacía, y el tipo primitivo del individuo libre, independiente de toda disciplina extraña, por ende anárquico en el sentido etimológico de la palabra, no existía ya. Por el hecho de no haberse conservado ningún testimonio documental ni siquiera ningún recuerdo mítico relativos al estado anterior á la reunión de los hombres en colectividades dotadas de una organización regular, muchas gentes creen que la humanidad no ha existido nunca en el estado de unidades sin cohesión, sino que desde su aparición sobre la tierra estaba ya agrupada, aunque sólo fuera en hordas, y que la agregación de los hombres en unidades superiores constituye la forma natural de su existencia. Se esperaba obtener aclaraciones sobre este problema fundamental de la sociología mediante la observación de los salvajes, pero este método no puede en modo alguno dar resultados, puesto que ya no existen y probable-